

MANUEL ROJAS

"Hay que sentirse y trabajar y trabajar"

Lápices meticulosamente afilados y cuadernos de colegial. Escribía a doble espacio para pulir más fácilmente. Luego copiaba aquel borrador a máquina: "Esa es la peor parte del trabajo. Como linotipista era estupendo; como mecanógrafo soy pésimo. Al escribir, la experiencia directa o indirecta que recreo, revive con una fuerza muy grande, que yo aumento. Necesito cierto clima. A veces me desespero porque algo no ajusta, pero nunca sufro al escribir. Escribo lo que me sale de la cabeza y lo pongo. Luego corrijo, corrijo y corrijo, hasta encontrar lo que quiero decir. El escritor que no tiene paciencia está liquidado en todas partes del mundo. Hay que sentirse y trabajar y trabajar".

En más de un sentido. Manuel Rojas comenzó a trabajar a los 12 años. Fue aprendiz de sastre, vistió el uniforme de mensajero, fue aprendiz de talabartero, carpintero, pintor, ayudante de electricista, acarreador de uva, cuidador de un falucho, actor, consueta, linotipista, periodista, empleado de la Biblioteca Nacional, vendedor de cartillas en el Hipódromo Chile, director de los Anales de la "U".

Esta riquísima experiencia aportó la materia prima del escritor. Aunque llegó a ocupar cátedras universitarias en Estados Unidos, él mismo no pasó más allá del 4.º o 5.º año de enseñanza básica. Comenzó a escribir a los 16 años: "Había vivido entre el pueblo que habla mal, aunque con gracia. Pero desde niño tuve noción del lenguaje. Me gustaba hallar expresiones originales".

La expresión verbal era otra cosa. "Hablar no era ni es su debilidad", apuntó González Vera en la aguda semblanza que le dedicó en "Algunos". Entrevistar a Rojas era como estreñarse contra una roca. Sus silencios muchas veces pesaban más que las palabras y él mismo admitió alguna vez que "tenía un ensueño constante de pensamiento interno": "Cuando estoy con gente se produce un contrapunto entre los estímulos externos y aquella fuerza interior".

Siguió hablando de sí mismo, en un raro momento de expansión:

"No conozco los estados depresivos, angustiosos. Existen seres para quienes hay días en que ni siquiera pueden levantarse. A mí no me pasa. Yo siempre tengo algo que hacer. Para mí los días son cortos. Se van con una rapidez tremenda."

"Soy rabioso. Las cosas me molestan. La gente que no entiende... que no entiende las cosas sencillas. Que no se debe, por ejemplo, ser grosero. Pisotear al prójimo en el bus, no dejar paso para subir y bajar. Reacciono con palabras. Soy de palabras, nada más. Una vez empujé a un señor en el micro. Casi se vino abajo. Eso me dio temor."

"Una de las cosas que lamento en mi vida es no haber podido estudiar matemáticas, astronomía, botánica. Todo lo que requiere tiempo y dedicación, elementos de que no dispuse nunca."

"Soy hombre de pocos amigos. Tuve pocos en mi vida. Me duraron mucho."

"Sólo poseo una condecoración. Una medalla que recibí cuando fui designado ciudadano ilustre de Valparaíso. Nunca tuve oportunidad de usarla."

Pero también obtuvo el Premio Nacional de Literatura (1957) por su obra, en que se destaca *Hijo de Ladrón*, convertido en clásico de la literatura chilena en plena vida del autor. Fue traducida a una decena de idiomas, pero en varias oportunidades lo estafaron los editores. El año pasado esta obra vendió 76 mil ejemplares al reeditarse

en la colección "Quimantú para Todos".

Pero el éxito literario no fue sinónimo de la abundancia: "Toda mi vida, desde que recuerdo, tuve problemas económicos. Nunca estuve tranquilo. Cuando joven tenía que conseguirme 10 pesos, después 500, ahora más. Casi nunca tuve lo suficiente para vivir".

Pero de alguna manera conseguía libros, aún en los años duros, cuando faltaba el dinero: "Todo comenzó con Saigari. Siguió la época Víctor Hugo. Me gustaron Vargas Vila y Zamacois. Después los escritores que más me impresionaron no cambiaron. Dostolevsky, Tolstoi, Chejov, Faulkner, Melville, Lawrence, Hudson. Me gustó mucho Gide como pensador". Y asimismo se mantuvo al día en la literatura más reciente.

Le agradaba cuidar su jardín; era capaz de hacer los más variados arreglos en su casa; un buen día, hace años ya, decidió aprender a pulir vidrios para fabricarse un telescopio casero. Hizo dos y luego descubrió que le resultaba más fácil y más barato comprar binoculares alemanes: "Me sirvieron para mirar los pájaros, que es una de las cosas que más me gustan. Hay cosas a las que uno no renuncia nunca. Trabajé como peón en la cordillera cuando joven y me quedó el hábito. Muchas veces voy a la montaña. Son una fuente de riqueza emocional muy grande".

Su metro ochenta y seis y esa cara que parecía tallada en granito, no le permitían pasar inadvertido. Su exterior austero y su sentido de la ironía a veces atemorizaban a quienes se le acercaban. Pero tras la fachada adusta había un interés por la gente y sentido poético que no todos adivinaban, aunque se reflejaba en su obra.

En su juventud fue anarquista declarado. "En 1951 — escribe González Vera — entra al Partido Socialista. Recibí contentos y le confían la divulgación cultural. El día en que debía comenzar, el partido acuerda apoyar a Ibáñez en un rapto de oportunismo al por mayor. El escritor envía rápida, breve y seca renuncia".

Pero aunque su militancia terminara allí, su compromiso continuó hasta el final, tanto en Chile como en Cuba. Su primera visita a la isla revolucionaria fue en 1966, invitado como jurado en el concurso de la Casa de las Américas. Al año siguiente volvió. Viajó por Cuba entera, conoció sus realizaciones y conversó largamente con gente del pueblo. Quería conocer a fondo la "transformación humana" producida por la revolución. Dio conferencias y escribió. En 1971 reincidió. Desde La Habana envió crónicas al diario chileno "Clarín". Sus hijas cuentan que, ya estando muy enfermo, les decía: "Si me restablezco, me vuelvo a Cuba".

Siempre temió morir de un infarto: "Tengo una neurosis cardíaca. A esto se debe mi tranquilidad exterior. Siento el latido del corazón en los oídos. Desde los 18 años vivo con la presunción de un ataque al corazón. Tengo el constante temor de una crisis, que por suerte aún no se produce".

No fue el corazón, sino el cáncer lo que puso fin a sus días. Dijo alguna vez:

"Me gustaría vivir hasta los setenta y cinco. Mi madre enteró setenta y tres. Yo me cuidé más. Mi abuela materna llegó a los ciento tres años. Me da terror que yo pueda repetir la hazaña".

Murió a los setenta y siete.

HANS EHRMANN



MANUEL ROJAS: "Me gustaría vivir hasta los setenta y cinco...". Foto Hans Ehrmann.

OBRAS DE MANUEL ROJAS

FELICH UC

Hombres del Sur (1926); Toriada del transeúnte (1927); El delincuente (1928); La ciudad de los Cesares (1936); De la poesía a la revolución (artículos y ensayos) (1938); José Joaquín Valdivia (ensayo) (1942); El hombre maullero (cuentos) (1943); Deshecha rosa (poemas) (1944); Hijo de Ladrón (novela) (1951); Chile: cinco navegantes y un astrónomo (antología) (1955); Los costumbristas chilenos (estudio y selección) (1957); Punta de rieles (novela) (1957); Mejor que el vino (novela) (1958); El hijo de Ladrón (ensayo) (1960); Antología autobiográfica (1962); Historia breve de la literatura chilena (1964); Pase por México un día (crónica) (1964); Sombras contra el muro (1964); La oscura vida radiante (novela) (1972). OBRAS BREVES DE FECHA INCIERTA: Imágenes de infancia; Leyendas de la Patagonia; A pie por Chile (1977); Viaje al país de los profetas (1981); 1968.



TUVO QUINCE OFICIOS; pero no pudo estudiar botánica que le entusiasmaba. Para compensar, fue "jardinero de domingo". Foto Hans Ehrmann.